



## Procesión,

Sebastián Cárdenas Izurieta

Por la empedrada calle, por la fría y empedrada calle vienen ya. Vienen haciendo ruidos muy difíciles de no escuchar, vienen gimiendo y llorando, gritando y armando trifulca. Sus suspiros, suspiros más profundos que el mar, no solo se escuchan, también se sienten, se sienten poniéndoles la piel de gallina a los no marchantes.

Ese olor, ese tierno, pero olvidado olor a fósforos recién prendidos, ese sutilmente ceremonioso olor a vela de cebo, ese olor a papel y tinta puestos juntos cerca del fuego que todo lo olvida, ese es el olor que los acompaña, el olor que no los abandona y tampoco abandona las memorias de todos aquellos que con él se hayan topado.

La hora ha sido previamente concebida. ¿Por quién? Pues por nadie, pero a su vez por todos. Al fin y al cabo, de quién es el tiempo, sino de nadie, pero a su vez de todos. Fría es la hora y nada más eso, fría como el hielo, fría como todo aquello que se deja olvidar. No hay nombre ni apellido, no es "Ymedia" ni "Enpunto", nada más es fría, simplemente la más fría y eso nada más.

Las ventanas bien cerradas y las puertas puestas tranca. ¿Será por el frío o por el miedo a recordar? ¿Quizá ambos? ¿Quizá ninguno? Lo único indiscutible aquí es el encierro.

La calle con su boca pedrada, dentada como choclo tierno; como maíz dorado, pasa a ser un acompañante más, uno más de los tantos, siempre ahí, siempre fiel, inseparablemente constante, sustentando cada paso y cada tropiezo.

Inhala, exhala, inhala y vuelve a exhalar, así se comporta la bruma, así se comporta la nada, así se comporta la penumbra y así mismo se comporta el conjunto de gélidos alientos, gélidos pulmones y aún más gélidos lamentos.

Envuelta en una niebla húmeda - una niebla compuesta de minúsculas gotas - avanza la procesión. Ruegan las abuelitas con rosario en mano, suspiran y se quejan los románticos empedernidos tratando de hallar al amor perdido, lloran quienes no encuentran y gimen quienes no saben en donde buscar, y quienes no tienen por quien pedir ni llorar, gritan nada más, gritan sin ton ni son, gritan de la pena, gritan por la soledad, gritan también por el frío, aquel frío que detiene el corazón y congela la sangre. Por culpa de ese frío es que tiritan, tiemblan y se retuercen.

Sin perder el rumbo las plegarias se encaminan. Al cielo van algunas, al lugar de siempre la mayoría. Lo último en perderse es la esperanza, con ella como empuje hasta los más marchitos pasos avanzan por el camino, hasta los más cansados hombros cargan su cruz a rastras y hasta los más entumecidos corazones se arriesgan a desprenderse del letargo.

La hora pasa; pasa y nunca parece suficiente. Sin mucha emoción se acercan cada vez más al blanco jardín; al blanco jardín de impávidos mármoles finos y flores reseca. De reojo busca cada uno un lugar donde continuar el reposo, de reojo nada más. Porque... ¿Quién necesita ver fijamente su propia casa para encontrar la puerta? Sin más ni más, sin despedidas ni condolencias y mucho menos abrazos, toma cada uno su camino; toma cada uno aquel camino tan tedioso e insoportable, ese camino que, aunque nunca avanza tampoco termina.

Ese olor, ese tierno, pero olvidado olor a fósforos recién prendidos, ese sutilmente ceremonioso olor a vela de cebo, ese olor a papel y tinta puestos juntos cerca del fuego que todo lo olvida, ese olor que los acompaña se pierde entre los recuerdos y la llovizna hasta volverse casi imperceptible, pero sin nunca llegar a estar ausente. Aquellos murmullos, aquellos suspiros más profundos que el mar que no solo se escuchan, sino que también se sienten, son finalmente opacados por el chirriar de bisagras, el golpear de puertas, el crujir de los ataúdes dando cobijo nuevamente al marchante ingrato que cada vez y cuando emprende camino sin despedirse y por último el estruendoso retumbar de los mausoleos al sellarse marca el final acostumbrado y nunca a destiempo.

La esperanza será lo último en perderse incluso después de haber perdido ya la vida, sino por qué habría un pueblo donde los muertos piden por los vivos. Bien sabido es que las horas más frías son para ellos, bien sabido es y nadie lo discute, suficiente tiempo tienen ya los vivos como para estarles privando a los difuntos de un último gustito. Pero eso sí... solo de ellos es el gusto, solo de ellos es ese sombrío gusto convertido en obsesión, ese gusto transformado en rito. Solo de ellos y de nadie más es ese gusto y mala costumbre de pedir salvación por quien no puede ser salvado.